

del señor Suárez, el anuncio de que su partido va a pasar a la oposición —“neta, aunque constructiva”— al terminar la etapa del consenso, indican ya que la estrategia de la oposición está cobrando sentido. Puede ser que si no hubiera existido la etapa del consenso, la imagen de la izquierda sería hoy mucho más sólida, y UCD no estaría tan dispuesta a inclinarse hacia la derecha.

DE todas maneras, la importancia de la oposición va a estar sobre todo en el papel del Partido Socialista, por su número de escaños, y en la capacidad que el PSOE y el PCE tengan de alejarse de sus polémicas personales. No va a ser fácil. En la oposición, el PSOE va a tener que seguir estando de acuerdo con algunos de los puntos políticos internacionales desarrollados por UCD; va a correr el peligro de perder su batalla por la izquierda. En la lección electoral que pudieran haber recibido los socialistas estaría la de las pérdidas por falta de definición propia. Un partido que ha sido abiertamente acusado por el señor Suárez de colectivismo y de afinidad con los países del Este —lo cual es a todas luces distinto de lo que sucede—, pero que desde la izquierda se ve con cierta desconfianza por su inclinación hacia soluciones muy parecidas a las de UCD —lo cual tampoco es cierto— es que ha carecido de una verdadera proyección de imagen. Le ha fallado, en gran parte, sus mecanismos de propaganda y de divulgación; pero le ha fallado también lo que daría origen a una imagen más acorde: una política definida y clara. Si UCD va a tener menos razones de disimulo, si el PCE realmente se inclina hacia definiciones de oposición bastante claras, el Partido Socialista Obrero Español no puede continuar en su limbo.

VA a ser sin duda el Parlamento inmediato el que nos dé la medida de lo que aún queda por hacer en España en materia de política. A ello deben aplicarse los partidos políticos de la izquierda. Si no saben conseguirlo, crearán un vacío peligroso en el país. Porque al riesgo de inestabilidad que el señor Carrillo denuncia como posible hay que unir el riesgo de desprestigio de la izquierda, que inclinaría a los descontentos del poder a soluciones no parlamentarias. ■



En la necesidad de no inclinarse enteramente a la derecha, puesto que en el secretario general del PCE se dirige al Comité Central.

LOS NUEVOS TRANSFUGAS

LA figura del tráfuga es antigua en la política; España los produce con abundancia, y estos últimos tiempos ha dado una buena cosecha. Los resultados obtenidos por estos tráfugas en su vida privada han sido tan excelentes que han animado a muchas personas de la otra conciencia a sumarse a ellos. Aparece estos días una nueva ola de tráfugas: son aquellos que se aproximan a UCD, aunque no la hayan votado. Se aproximan porque va a durar cuatro años, y las malas lenguas dicen que puede durar veinte. Como antes los ricos decían que lo difícil era la conquista del primer millón, y que los demás ventan solos, ahora se puede decir que lo difícil es conseguir el primer período gubernamental. A partir de ahí se domina el mecanismo. Los ejemplos de la Democracia Cristiana en Italia o del PRI en Méjico son clásicos: el tiempo no pasa por ellos. Son tan horribles como el primer día: quizá un poco más.

El tráfuga, después de todo, no es más que una persona aplastada por el Estado. Los tiempos modernos han construido unos Estados tan ricos en repartos de cargos, prebendas, honores, subvenciones, negocios y poderes, que a mucha gente les parece difícil vivir fuera del mecanismo. Si al mismo tiempo, el Estado —el Gobierno que lo representa, que lo administra— es duro con los que no son suyos, les castiga o aleja de las fuentes de este totalitarismo vergonzante y oculto, la sensación del pobre hombre que se ve fuera es de catástrofe. Hubo héroes que consiguieron vivir fuera del poder durante el reino de Franco, o simplemente aceptando unas relaciones mínimas que no les llevaran al drama. La sorpresa de estas personas dignas ha sido infinita al contemplar que los que mantenían no sólo relaciones de profundidad con el régimen, sino que eran el régimen mismo, iban a configurar el régimen siguiente, a proclamarse demócratas y a ser los nuevos administradores del poderío del Estado.

El culpable, en conciencia, no es el tráfuga: el culpable moral es el que produce el tráfuga. El que tiene en sus manos la vida de los demás: en una mano, el premio; en la otra, el castigo. El culpable es el que administra el Estado sin tener en cuenta los intereses de la colectividad, la eficacia del Estado en sí, sino los “buenos” y los “malos”. Como la indignidad en el acto de la limosna no está en quien la pide, porque la limosna es lo último que le separa de la muerte definitiva, sino en quien crea un sistema en el que alguien tiene que pedir limosna.

Ya corren los tráfugas hacia la UCD. Piensan que no van a poder esperar cuatro años; y que si los pronósticos de que van a ser veinte se cumplen, sus vidas y sus esperanzas se habrán consumido. Los nuevos tráfugas esperaban que en estas elecciones se iba, por fin, a disolver el espectro de su marginación, de su aislamiento, de su imposibilidad de participar. Lo que muchos han perdido en estas elecciones no es su ideología: es su esperanza de que ya estuviera aquí el “cambio”, de que se construyera un Estado abierto. No les queda más recurso que la vergüenza de ser tráfugas, el deshonor de ser tráfugas. Algunos que no cedieron a Franco lo hacen a UCD. Porque ya no pueden más. ■

POZUELO